

no le deja al de ahora, que no es de la tierra—, y el santo prelado le aconsejó fuese á postrarse á los pies del papa Juan VII, que á la sazón gobernaba la Iglesia. El Papa le absolvió, imponiéndole el que se ciñese una pesada cadena de hierro y sin entrar en poblado hiciera penitencia por yermos y soledades hasta que se rompiesen de por sí mismos los eslabones de la cadena, señal del perdón de Dios, y edificara luego un templo á San Miguel allí donde la liberación fuese. Volvió D. Teodosio á su nativa tierra, é internándose en las fragosidades de la sierra de Aralar, empezó su penitencia en una cueva. «En el fragor de la tormenta, entre los fosforescentes rasgos del rayo que predica el inmenso poderío del Creador, el espíritu guerrero del devoto penitente imaginaria á su arcángel, armado de fulmínea espada, pregonando el sublime «¿Quién como Dios?» que confunde al réprobo.» Así nos cuenta el folleto que «Un navarro» ha dedicado á historiar el santuario. Un día sintió el penitente caballero violentos rugidos que salían del fondo de la caverna, su albergue, y muy luego se le presentó un furioso dragón, de esos que echan fuego por los ojos. Aterrado D. Teodosio, y la cosa no era para menos, se abrazó á la cruz invocando á San Miguel, abogado contra dragones. Y aquí hay que oír al autor del piadoso folleto: «Entre luces de purísimo brillo y nubes de vaporosa refulgencia, precedido de cohorte lucidísima, se apareció el egregio príncipe de las milicias celestiales, que en un punto, con la sola fuerza de su adorable presencia, ahuyentó al horrible dragón, salvando al desvalido anacoreta y desapareciendo de

su vista, atónita de tanta magnificencia y bondad». La cadena de D. Teodosio desprendióse rota á sus pies, y él se vió libre y perdonado. Y esto ocurrió, dicen, á los siete años del parricidio, en el de 714, siendo papa el venerable Constantino I, y el año mismo en que con el rey Don Rodrigo, el que folgaba con la hermosa Cava del Tajo en la ribera, se hundió en el Guadalete ó en el lago de la Jamda, el imperio visigótico. Hacia aquel tiempo se fundó por D. García Jiménez, señor de Abárzuza y de las Amezcoas, la monarquía navarra. Y en el lugar de la aparición milagrosa de San Miguel erigió más tarde D. Teodosio una ermita, dentro de la cual quedó la caverna del dragón. Tal es el legendario origen de San Miguel de Excelsis.

No habíamos aún reposado nuestros cuerpos cuando, por la mañana, oímos á las puertas de nuestros cuartos la voz de la criada ó diaconisa mayor que nos decía: «¡Va á salir la misa!»; y bajamos á ella, ¿qué remedio?

La primitiva ermita se encuentra hoy en el interior de un templo mayor que sobre ella se ha construído. En la ermita se dijo la misa, y al terminarla dió el sacerdote á los fieles á adorar una imagen del arcángel. A la derecha del altar se ve, encuadrada en un marco, la abertura por donde salió el dragón. Los fieles introducen por ella la cabeza y rezan un credo, saludable antídoto contra dragones infernales.

Al lado derecho de la ermita está colgada la cadena que dicen llevó sus siete años don Teodosio. Del dragón no queda reliquia. Como no sean sus dientes los pedruscos que calzan la subida del santuario.

Después de la misa y desayuno recorrimos la iglesia. Las diaconisas bailaban en ella el baile del brochado. Es un baile que se conoce mucho en los hogares de la clase media vascongada. Y es que se encera el suelo de ciertos aposentos, tal como la sala, y las criadas, al encerrarlo, lo frotan y refrotan con una brocha manejándola con un pie desnudo. Así enceraban el suelo del santuario las diaconisas de San Miguel, hijas espirituales de D. Miguel, las mismas que cocinan luego para los huéspedes. Es en este caso el baile del brochado un oficio religioso en culto al arcángel San Miguel, príncipe de los ángeles, caudillo y capitán de los ejércitos celestiales, recibidor de las almas, vencedor de los malignos espíritus, ciudadano del Señor, gobernador admirable, después de Jesucristo, de la Iglesia de Dios; guarda mayor de todos los reinos cristianos, principal instrumento de todas las maravillas que se hacen en el mundo, preposición del Paraíso, trono de la grandeza de Dios, ministro supremo de su justicia, príncipe de los sabios del cielo, primer coronel de la escuadra celestial, cabo principal de la escuadra de María, abogado y protector de la iglesia militante, privado del Todopoderoso... Todos estos títulos se le reconocen en la novena que se le reza en las alturas del Aralar, novena á que el Ilmo. Sr. D. Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutaris, obispo que fué de Pamplona, concedió cuarenta días de indulgencia por cada día que se la rezara, que en nueve días son trescientos sesenta, casi un año.

En la iglesia se guarda un magnífico frontal de esmalte, que alguien nos dijo era nada

menos que parte del sepulcro de Constantino el Grande; pero, como no estaba el ministro, no pudimos verlo. Por cierto que nos contaron llegó una vez un gran duque ruso, ó algo así, á verlo, y al observar su arrogancia y los fines de mundana curiosidad arqueológica y no de piedad, el inflexible D. Miguel, el que no permitió hacer carretera ni que se sirviese café, se negó á ensayar la joya al hereje. Trajo éste permiso del rey, y D. Miguel, el recio navarro, le contestó que allí el rey no mandaba; acudió al obispo de Pamplona y obtuvo permiso para verlo; mas el tremendo ministro no le dejó sino literalmente verlo y á distancia. Pues qué, ¿se va á profanar el santuario por curiosidades de arqueólogos herejes?

Aquella misma mañana subieron de Huarte Araquil, entre la niebla, cuatro animosas señoritas. Eran unas muchachas de un despejo y una soltura admirables. Estas hijas de las pequeñas villas, y más si son navarras, tienen una soltura, una franqueza y animosidad de trato, una naturalidad en el portarse, de que carecen las hijas de las pequeñas ciudades, agarrotadas por convenciones ridículas. Una de ellas fué á la iglesia á dar tres vueltas á sus naves con una cruz áuestas, según por promesa se hace. Otra preguntaba si podría hacerlo por delegación de una amiga á la que le dolían las muelas. Un poco más tarde llegaron otras señoritas de Pamplona. Y en el austero ambiente de la hospedería conventual era una ráfaga de juvenil frescura. Había que verlas y oirlas en la cocina, calentándose y secándose de la niebla, mientras discurrían por allí, gobernando el fogón, adustas y recelosas,

las diaconisas guardadoras de las tradiciones del gran D. Miguel, el inolvidable ministro. «Desde la muerte del ministro están inconsolables», nos dijo una de las muchachas de Huarte Araquil.

La llegada de las alegres muchachas fué un mundo que irrumpía en otro, la alegría de la juventud corriéndose por entre las adusteces penitenciales. ¿Qué pensaría D. Teodosio de esto? Fuera se descubría á ratos, por entre desgarrones de la niebla que ceñía á la sierra, los rientes campos de la Barranca, el valle de Araquil el de la Borunda; en el fondo, Aitzgorri; por otro lado se divisa hasta Pamplona. Enfrente nuestro la imponente meseta de las sierras de Andía y Urbasa, teatro de batallas en la guerra civil de los siete años. Allí Zumalacárregui obligó á retirarse al general Valdés, con quien en un tiempo sirviera, sin más que dejarle acampar en lo alto, donde no hay agua, y esperarle en las quebradas de abajo. El zorro operaba en terreno conocido, y no hay nada que supla al conocimiento práctico de la tierra que se pisa.

En un campo que hay delante del santuario, entre éste y una ermita de la Santísima Trinidad, nos dijeron que había bailado la comitiva del rey Don Alfonso XII, cuando éste subió á San Miguel. ¡La única vez que allí se había bailado! ¡Oh, manes de D. Miguel! No nos dijeron si es que no se hizo luego una función de desagravio. Allí, adonde no se sube por carretera, donde no se sirve café, allí no cabe otro baile que el baile litúrgico, davidico, del brochado que celebran las diaconisas, cubriéndose con un pañolito blanco la ca-

beza para cumplir con lo que el apóstol San Pablo preceptúa en el capítulo XI de su primera epístola á los corintios.

También visitó San Miguel de Excelsis nuestro actual monarca, y á un picacho donde se sentó le han puesto el nombre de la silla de Alfonso XIII. Lo que no nos dijeron es de la visita, que sin duda le haría, de Carlos VII.

La hora ritual de la comida es la del medio día, á las doce; pero por gracia especial y adquiriendo, como piadosos recuerdos, sendos folletos de la historia compendiada del santuario y la novena, nos dieron de comer media hora antes. Bajamos á Huarte Araquil, á trechos por atajos, siguiendo los postes del teléfono. Porque si aún no han llegado allá ni la carretera ni el café, ha llegado en cambio el teléfono, como sucede en Aránzazu. Hay que vivir prevenido. Un mal camino y un buen teléfono son dos grandes elementos de defensa. ¡Qué bien sabía don Miguel discernir entre los adelantos profanos del siglo! De seguro que don Teodosio, si resucitase, aprobaría lo del teléfono y se mostraría conforme con la proscripción de la carretera. En lo que cabe duda es en lo que diría del café.

En Huarte Araquil, donde se sorprendieron que nos hubiesen admitido de noche á la hospedería del santuario, tomamos el tren para Vitoria. Y en la calma sedante y discreta de esta apacible ciudad, la capital eclesiástica de las provincias vascongadas, la Atenas del Norte, descansamos una noche antes de volvernos á este bullanguero y ajetreado Bilbao. Volvimos por mi maternal valle de Arratia, de cuya verdura viene buena parte de la san-

gre que circula por mis venas. ¡Oh benditas correrías por estos valles y montañas donde se hicieron los huesos de nuestros padres y de los padres de nuestros padres! ¡Santa comunión con esta tierra, que es la madre de la carne de nuestro espíritu!

Bilbao, Setiembre de 1909.

## GRANDES Y PEQUEÑAS CIUDADES

Os dije, mis pacientes lectores de *La Nación*, que en algunas de estas mis correspondencias quería entreteneros un rato sobre la influencia respectiva de las grandes y las pequeñas ciudades en la formación del espíritu.

Lo que siento es no tener á mano cierto ensayo de vuestro tan conocido Guillermo Ferrero acerca de este mismo tema. Lo leí en no recuerdo qué revista, pero sí conservo memoria de que me interesó mucho. Ferrero trataba el punto con datos y consideraciones de carácter histórico y sociológico; yo, que no soy ni un historiador ni un sociólogo, lo trataré, según mi costumbre, sobre la base de estimaciones puramente personales y de impresión individual. (Esta es mi costumbre, y ni aun así consigo acabar con los que se empeñan en motejarme de *sabio* y hablan de mis teorías, siendo así que no las tengo. Lo que tengo son impresiones y sensaciones.)

Pero ya que no puedo encabezar estas líneas con algún texto de Ferrero—esto de apoyarse en una autoridad ajena es una manera conven-

cionalmente engañosa de dar apariencia de objetividad á nuestros asertos—, las encabezaré con unas palabras de Jorge Meredith, el sutilísimo novelista inglés, cuando dice en su novela *The Egoist* que Villoughby «abandonó Londres, al que odiaba como á un cementerio del hombre individual», *as the burialplace of the individual man*.

Tal es, por ahora, mi fe como lo era la de Villoughby; y es que las grandes ciudades nos desindividualizan, ó mejor dicho, nos despersonalizan. Y acaso dependa ello de que si no soy un egoísta, como el héroe de la novela meredithiana, soy, según Ramiro de Maetzu, un egoísta hasta hoy incorregible.

Las grandes ciudades nivelan, levantan al bajo y rebajan al alto; realzan las medianías y deprimen las sumidades. Efectos de la masa, que son poderosos tanto en química como en la vida social.

Al poco de llegar á esta vieja y hoy para mí tan querida ciudad de Salamanca—ciudad de unas 30.000 almas—escribí á un amigo diciéndole que, si á los dos años de estar aquí, se enteraba de que jugaba al tresillo á diario, daba durante una ó dos horas vueltas á la plaza y echaba la siesta, me considerase hombre perdido; pero que si, pasado ese tiempo, seguía estudiando, meditando, escribiendo y peleando en pelea pública por la cultura, me considerase aquí mucho mejor que en Madrid. Y así ha sido.

Me acuerdo que la conclusión de Ferrero, en vista de Grecia, de la Italia del Renacimiento y la Alemania de hace un siglo y de otros da-

*Me acuerdo a todos, sino a los que...*  
*frágil en go...*

tos, era que, para la vida del espíritu, lo mejor son las pequeñas ciudades de una población como la de ésta y no los pueblecitos ni las grandes ciudades que pasan de 100.000 almas.

Depende, claro está, de los espíritus de que se trate. Estoy convencido de que el claustro monástico, que ha anulado tantas almas y embotado en tristísima rutina á tantas inteligencias regulares, ha exaltado á unos cuantos espíritus excepcionales por su recio temple.

Las grandes ciudades son fundamentalmente democráticas, y debo confesar que siento un invencible recelo platónico hacia las democracias. La cultura se difunde y esparce en las grandes ciudades, pero se ramploniza. Las gentes dejan la lectura sosegada del libro por asistir al teatro, esta escuela de vulgaridad. Sienten la necesidad de estar juntos; les azuza el instinto rebañero; tienen que verse unos á otros.

Me parece que fué Taine quien hizo la observación de que la mayor parte de los genios franceses ó eran aldeanos ó hijos de aldeanos. Y os aseguro que me cuesta creer en la genialidad de un parisiense hijo de parisienses.

Me decía una vez Guerra Junqueiro: «¡Feliz usted que vive en una ciudad en donde puede uno ir por la calle soñando sin temor á que le rompan el sueño!» Y realmente, por las calles de Madrid no cabe ir soñando, no tanto por temor á los coches, tranvías y automóviles, cuanto por la continua descarga de tantas caras desconocidas. Ese ajetreo de gran ciudad, ajetreo de que tanto gustan los que necesitan llenar su fantasía con algo, sea lo que fuere, tiene que molestar á los que buscan que no se la

vacien. Para mi gusto nada hay más monótono que un bulevar de París. Las personas me parecen sombras. No resisto una muchedumbre de desconocidos.

A Madrid le tengo miedo, es decir, me tengo miedo á mí mismo, cuando voy allá. Porque es muy fácil decir que en esas grandes ciudades puede hacer cada cual la vida que mejor le cuadre, pero no es tan fácil de hacerlo como de decirlo. Cuando estoy en la corte, cada noche me retiro á casa pesaroso de haber ido á la reunión ó tertulia á que fuí y haciendo propósitos de no volver á ella, para reincidir al día siguiente. Me envuelve, ciñe y penetra un letal ambiente de condescendencia. Ambiente que brota de la llamada vida de sociedad.

Siempre he sentido aversión hacia eso que se llama vida de sociedad y cuyo fin útil es cultivar relaciones. ¿Hay nada más terrible que una visita? En ella se pasa en revista todos los más sobados lugares comunes. Las visitas son, con el teatro, las dos grandes fuentes de ramplonización.

Un hombre de sociedad, un hombre que resulta agradable á las damas en visita y en salón, es un hombre cuyo principal cuidado es ahogar chocantes espontaneidades y no dejar transparentar su propia personalidad. Porque ésta, la personalidad propia, molesta á los demás. Las gentes gustan de encontrarse con el hombre medio, con el hombre corriente, con el que no sea excepcional en ningún respecto. La excepción molesta siempre. Las veces que habré oído esta frase terrible: «¡me carga el hombre!» Y así es, carga «el hombre», y la más

ruda pelea para el que se siente tal es la pelea de conquistar el respeto á la individualidad. Ventajas todas de la democracia ciudadana.

Cuando, alguna de las poquísimas veces que he ido al teatro, he oído al salir críticas sobre si era ó no verosímil lo que allí se representó, y si era ó no posible que se diese un carácter tal como el de este ó el otro personaje representado, siempre me he dicho: con que una cosa haya podido suceder una sola vez, es ya verosímil, y resulta muy cierta la paradoja del que dijo que, corriendo tras la verosimilitud, se huye de la verdad. Y me añadía á mí mismo: estas gentes no vienen acá sino á ver lo mismo que están viendo todos los días, á que les saquen á ellos mismos en escena, á continuar sus vanas chácharas, y en cuanto salta á escena el reflejo de algo que no es de su mundo ó es excepcional, protestan de un modo ó de otro. Y yo, por mi parte, no voy al teatro á seguir oyendo las simplezas que á diario oigo, y por esto aborrezco lo que llaman alta comedia. Iria, sí, á ver y oír á Prometeo, á Macbeth, á Hamlet, á Carlos Moor, á Segismundo, á D. Alvaro, á Brand, pero no á todos estos señores bien educados que me encocoran.

¿Y en una pequeña ciudad? Su escenario social es muy reducido, sus gentes se aburren y cansan pronto de los papeles que representan y aparecen por debajo los hombres, con sus flaquezas, es decir, con lo que les hace hombres. Siento una gran afición á la vida provinciana, porque en ella es más fácil descubrir por debajo de una aparente calma la tragedia. Y tanto como aborrezco la comedia, amo la tragedia. Y sobre todo, la tragicomedia.

He oído decir que no hay hervidero de rencores y discordias intestinas como un barco mercante ó un convento; que, en cuanto se ven obligados á vivir juntos y separados de los demás unos cuantos hombres, chocan al punto en sus entrañas, en sus personalidades, en lo que realmente son. Y se me antoja que ésta la única manera de que se conozcan á sí mismos, que debe ser nuestro supremo anhelo. Me parece casi imposible que llegue á conocerse quien se encierre en el yermo á pasar los días contemplándose... ¿qué? El mejor modo de conocerse es chocar, entraña contra entraña, es decir, roca contra roca, con un semejante.

Ya sé que me diréis que me dejo llevar del amor á la paradoja; pero yo os digo que si es cierto que las más ardientes admiraciones son las que se nos presentan en forma de envidia, muchas veces las más fuertes atracciones son las que toman la apariencia del odio. Conozco yo en una de estas pequeñas ciudades tragicómicas, ó mejor comitrágicas, dos hombres que, teniendo que verse de continuo y tratar uno con otro, no se saludan en la calle y profesan repudiarse mutuamente, y, sin embargo, se sienten en el fondo recíprocamente atraídos uno á otro y cada uno de ellos es la más constante preocupación del otro.

Esos irreconciliables bandos en que con tanta frecuencia están divididas las pequeñas ciudades, son mucho más favorables para el desarrollo de una poderosa personalidad que no la blanda comedia de las grandes metrópolis, donde se abrazan entre bastidores los que en el tablado representan la escena del duelo á muer-

te. ¿Creéis posible en una ciudad millonaria—me refiero al número de sus habitantes—la tragedia de Romeo y Julieta?

Y luego, decidme: una persona qua al cabo del día ve á multitud de gentes y hoy oye á éste, mañana á aquél, más adelante al otro y asiste á veinte ó treinta conferencias, ¿creéis que el tal puede conservar su integridad espiritual sin merma alguna? Con tal vida, un erizo va á parar en borrego, convirtiéndosele las púas en vellones de lana, y por mi parte prefiero ser erizo más bien que borrego.

Hace pocos días contemplaba yo, melancólicamente, á una perdiz blanca enjaulada, y la multitud de ranuras que tenía un aro de madera que ceñía la jaula, por ser en él donde la pobre ave prisionera afilaba su pico. ¿Para qué? No para comer ciertamente. ¿Y creéis que, si enjauláramos al erizo—afortunadamente para él, no canta—, no inventaría modo de aguzar sus púas? Y una gran ciudad, una ciudad millonaria, es mucho más jaula que una pequeña ciudad cada de sus para nosotros desconocidos habitantes hace de alambre de reja. Y entre todos nos aprisionan.

Me explico que Villoughby huyera de Londres como de un cementerio del hombre individual. ¿No es cosa terrible recorrer una legua, dos ó tres de ciudad, cruzar con uno, dos ó tres millares de hombres y no encontrar una cara conocida de donde tomar pie para nuestras reflexiones humanas? Es más dulce la mirada de odio del enemigo conocido que no la mirada de indiferencia, cuando no de desdén, de un desconocido. Porque el hombre ha adquirido la costumbre de desdeñar á los desconocidos, y pare-

ce suponer que á todo prójimo debe reputársele por un imbécil mientras no pruebe lo contrario.

¿Y los que dicen aburrirse en una pequeña ciudad? Es porque no han tocado sus fondos trágicos, la severidad augusta del hondón de su monotonía.

Tengo para mí que, en las grandes ciudades, los orgullosos se convierten en vanidosos, es decir, las púas se les vuelven lana.

Y para el que ejerce una cierta acción pública que puede ser ejercida á distancia, para el escritor, para el artista, la pequeña ciudad ofrece la inapreciable ventaja de que vive lejos de su público y le es hacedero conseguir el que no lleguen á él, á no ser muy tamizados, los efectos que su obra produce. Puede vivir en una cierta independencia de su público, sin dejarse influir por él, que es la única manera de hacerse un público en vez de hacerse uno á él.

A todo esto podrá decirse que mejor acaso que una pequeña ciudad, sería una aldea, un lugarejo, una alquería tal vez. Pero no, pues falta en ella aquel mínimo de sociedad orgánica sin la cual nuestra personalidad corre tanto riesgo como puede correr en el seno de la metrópoli.

En el fondo se trata, en un cierto orden de relación de lo sociológico á lo psicológico—esto es para los que se empeñan en motejarme de sabio—, del problema más fundamental acaso, de un problema de máximos y mínimos. Tales problemas son el nervio de la mecánica física, y el nervio también de la mecánica social, ó sea de la economía. Se trata siempre de obtener el máximo de resultado ó de provecho con el mínimo de esfuerzo ó de gasto, el mayor

rendimiento con el menor dispendio. Es también el problema fundamental estético; es la raíz de todos los problemas de vida.

Y en el punto de que discurro ahora se trata de obtener el máximo de personalidad propia con el mínimo de sociedad ajena. Menos sociedad, ó sociedad menos compleja, amenguaría nuestra personalidad, y también la amenguaría más sociedad, ó sociedad aparentemente más compleja. Y digo aparentemente, porque no sé que un elefante sea más complejo que un zorro.

Ahora bien: el que no sienta su propia personalidad y esté dispuesto á sacrificarla en el altar de la sociabilidad, ése, que vaya á perderse en la gran metrópoli millonaria. Para el que sienta amor al nirvana, mejor ella que no el desierto; para anegar el propio yo, mejor las calles de una gran ciudad que no los páramos del yermo.

De cuando en cuando no viene mal ir á la gran ciudad y echarse al mar de sus muchedumbres, pero es para volver á salir á tierra firme, á sentirse pisando el suelo. Por mi parte, como me interesan los hombres individuales, tú, Juan, que lees esto, y tú, Pedro, y tú, Ricardo, pero no me interesan apenas las masas que ellos forman cuando se juntan, me quedo en la pequeña ciudad viendo todos los días, á horas dadas, á los mismos hombres, con cuyas entrañas han chocado, y tal vez dolorosamente, alguna vez las mías, y huyo de las grandes metrópolis, donde me azotan el alma con azotes de hielo las miradas desdeñosas de los que ni me conocen ni les conozco yo á ellos. Gentes á las que no puedo nombrar... ¡horror!

Esto es todo lo que de impresión puedo de-

cir. Si queréis consideraciones menos personales, más objetivas, más documentadas, tal vez menos arbitrarias, averigüad dónde escribió Ferrero el ensayo á que en el principio de esta correspondencia me refería. El, por otro camino, llega á conclusión análoga á la mía.

Salamanca, Junio de 1908.

## POR GALICIA

A mi buena amiga D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán

### I

Dice un antiguo y acreditado adagio español que nadie debe decir «de esta agua no beberé», y en el *Ejercicio de perfección* del venerable P. Alonso Rodríguez, capítulo XVII del tratado IV, acabo de leer lo que cuenta Casiano del abad Marquete, que tachaba á otros monjes de ciertos defectos, entre ellos el de hacerse abrir y curar una hinchazón en el interior de la boca y usar una manja hecha de pelo de cabra, lo que tenía el abad por poca mortificación, y fué luego á caer él en aquello mismo que condenaba en los otros, y así concluía amonestando á todos que teman y huyan con gran cuidado del vicio de juzgar al prójimo, pues vendrán á caer en lo mismo que juzgaren, como le aconteció á él, al abad Marquete, y me acontece á mí con cierta hinchazón que la voy á abrir aquí. Y es ella, que me escarabajea la comezón de abrir el henchimiento que de

Galicia he traído y vengo á caer así en lo mismo que he tachado en otros, y es en escribir de un país al que antes poco más de referencias conocía, por una rápida excursión á través de una parte de él. Pero esto tiene dos disculpas, y son: la primera, que es siempre la primera impresión la más fresca y espontánea, la más hondamente verdadera, por ser la que nos hiere más la sensibilidad que no la inteligencia; y la segunda disculpa es que me había, antes de esto, comunicado mucho con gallegos y estudiado su literatura regional, y que en mi correría he hablado del país en el país mismo y con hijos reflexivos de él. Sé, por lo menos, lo que dé sí mismos piensan.

Atravesando la abrupta encañada por donde corre el Sil, entre Monforte y Orense, y que, aunque en plena tierra gallega, parece ser la entrada al corazón de Galicia, encuéntrase el viajero en la región del Miño, que lleva, según el dicho decidero, la fama, mientras lleva el Sil el agua, y cabecera de esa región á Orense, la «Auriabella» de la geografía novelesca de doña Emilia Pardo Bazán. Y ya allí el paisaje gallego, el mismo que con pequeñas diferencias se seguirá viendo luego.

A primer golpe diríase una tierra juvenil, viéndola vestida de verdura y envuelta en frescor; pero no es así, sino tierra vieja, ó madura y adulta si se quiere. Apenas se descubre, sino á muy largos trechos, las entrañas berroqueñas de la tierra, ni la roca aflora el suelo. Aguas seculares han tenido tiempo de desgastar y pulir los desgarrones del terreno; las esquinosas sierras, tal como surgen de las roturas y levantamientos, se han ido hundiendo y desmor-

nando en montes terrosos y chatos, de contornos ondulantes y sinuosos, como de senos y caderas mujeriles, á la vez que se han ido rellenando los valles y vagüeras. El esqueleto de la tierra hase ocultado bajo la carne mollar, sin que asomen juanetes ni pómulos de escualidez. Y luego la frondosa cabellera de castaños, pinos, robles, olmos y cien otras castas de árboles, cubriendo aquellas redondeces y turgencias, dan al paisaje un marcado carácter femenino. Y como tal atrae á sus brazos y llama á reclinarse en reposo en su regazo, á soñar en las haldas de sus montes; es un paisaje habitable, que seduce como un nido incubador de morriñas y *saudades*; es una naturaleza humanizada, hecha mansión del hombre, lugar de descanso en que os aduerme como caricia tibia un aliento de humedad y las quejumbres dulces de los pinos. Y en este paisaje que convida al reposo y al ensueño, hay que luchar rudamente y en despejo de vela para poder vivir y arrancarle el sustento y mantenerle para que mantenga. Es un país femenino.

Un paisaje femenino, sí, y un paisaje antiguo. Se me había hablado mil veces del gran parecido entre el paisaje gallego y el de mi país vasco. A primera vista sí, pues ambos son montañosos y costeros ambos, y bajo igual clima los dos. Pero en el país vasco está más al descubierto el pelado espinazo del Pirineo cantábrico; es todo más anguloso, más bosco, más juvenil y berroqueño; los valles más estrechos y las montañas más altas y empinadas. Junto á los encorvados viejecitos de sierra alzan su huesudo busto Mañaria, Amboto, Gor-

bea, Aitzgorri, el Izarraitz y otros erguidos y robustos mocetones.

Iba del Ferrol á Betanzos, bordeando las rías, restregándome la vista con verdura anegada en suave neblina. El mar lame á lengüetazos de rías la verdura de los viejos montes postrados, les rebusca los repliegues y se esconde en sus frondosidades, mientras ellos le ciñen y abrazan. En el fondo se muestra algo del severo esqueleto, pero no mucho. La ría de Betanzos habríame parecido á ratos la de Guernica, si bien mucho más en grande, si no fuese porque le faltaban las aserradas peñas de Acharre, sin más que vello de madroñales entre sus rocas, y el pelado Ereñozar y la pedernosa sierra de Busturia. En mi país vasco aún asoman en las alturas las entrañas rocasas de la tierra, aunque no tanto como en las ceñudas sierras castellanas.

El paisaje es en Galicia femenino, y luego apenas se ve más que mujeres trabajando el campo; los hombres están fuera, navegando, pescando, en América, en el interior de España. Allí quedan, en la tierra vieja, mujeres y niños. En Puente deume me aseguraron que había quince ó diez y seis mozas para cada mozo soltero, y en general podría suponerse que hay una docena de mozas por cada mozo. Y las mujeres, cuando el trabajo no las ha marchitado, son como el paisaje, de carnación muy fraguada, bien tapados los huesos, redundantes como las que pintó Rubens, con tupida fronda de cabellera, con ojos á que asoma la melancolía secular de un pueblo antiguo. En El Ferrol, aquellas largas y solitarias calles parecen hechas adrede para avizorar de lejos á

aquellas mozas callejeras que pasan barriendo las miradas con la traña de su trapío y garbo, mientras hinchén la calle con su «aquél de señorío». Es muy frecuente oír en Galicia y en boca de gallegos: «Aquí la mujer, si no es superior, es igual al hombre cuando menos». Signó acaso también de excesiva madurez de casta.

Y de todo ello la sensación de que la tierra ha ganado al hombre, le ha remachado á sí, le ha cunado y entibiado y le ha cosquilleado á multiplicarse, y, como no cabía ya en ella, ha tenido que verterse fuera, más por fuerza que de grado, emigrando por rebose y no por desasosiego de espíritu errabundo. Es tierra que mueve más á conservar lo heredado que no á conquistar nada nuevo, que cría más codicia que ambición. ¡Es tan mimosa, tan dulce, tan sedativa! Debe de costar mucho desprezarse y arrancarse de sus brazos.

¡Espectáculo preñado de simbólico misterio ver á una vaca, junto al mar mugiente, levantar silenciosa del pasto su cabeza y mirar con sus ojazos húmedos cómo se hunde el sol en el mar sin hierbas ni piso firme!

Ha debido de ser allí muy larga y muy entrañable la convivencia entre el hombre y la tierra; las lluvias los han unido; compréndese lo doloroso del desgarrón al tener que desprenderse uno de ella y cómo ha de volver al cabo á comprar la tierra y criar allí la vaca lenta y dulce.

Y luego se oye la gaita quejumbrosa, de tonos agridulces, y se asiste al espectáculo de la alegría de ese pueblo melancólico y quejillón, porque es alegre, y alegre de veras, con

una alegría que estrumpe en foguetes y estampidos y petardos, como de quien busca desentumecerse el alma. Cuando tocaba el gaitero de Penalta,

*cantos bailaban sorrindo  
acababan por chorar.*

Un cultísimo joven gallego, uno de los que más prometen, mi amigo José Pan de Soraluce, decía no ha mucho, hablando de sus paisanos, «hombres del Norte para el Mediodía y del Mediodía para el Norte», que son enigmáticos y misteriosos los rasgos distintivos del carácter gallego. ¿No los explicará la vejez de la tierra, y acaso la de la casta que la habita, y cierta pesadumbre de una civilización muerta y enterrada que en el alma llevan? ¿No será un pueblo cansado, que duerme una acción antigua para despertar un día?

## II

El echarse á fraguar hipótesis tiene siempre una ventaja, es que, si no se confirman, mueven por lo menos á contradicción, y, contradiciéndolas, es fácil avanzar en el camino de la verdad. Por eso insisto en la suposición de que la vieja tierra gallega alimenta á un pueblo también viejo, quiero decir de larga convivencia consciente con ella; un pueblo que lleva á cuestras del alma la pesadumbre de una civilización muerta y enterrada, de un pasado sin porvenir. Así como está la roca primitiva enterrada bajo tierras de acarreo y desgaste, así su roca espiritual puede estarlo bajo leyes, costumbres y maneras de acarreo y de desgaste también. Latinizáronse muy pronto y muy por completo, como sus parientes los galos.

La mayor parte del celtismo de los historiadores é investigadores regionales gallegos es pura faramalla y decoración con que cubrir y tapar los huecos del escenario de su historia; mas, aun así y todo, fuerza es confesar que algo de verdad ha de haber en el fondo de todo ello. Buscar elemento céltico en el lenguaje gallego, puro latín casi todo él, es buscar

cotufas en el golfo; pero negarse á ver nada de los antiguos celtas en los gallegos de hoy, es plantarse en veinte por miedo á pasarse de la treinta y una.

Hubo, sin duda, en tiempos una civilización céltica de que aún quedan rastros y reliquias, leyendas que nutrieron la poesía medioeval—como la del rey Arturo, y Merlín y Viviana—, una religión con todos aquellos misterios druidicos, y hasta un derecho que ha sido objeto de ahincados estudios. Todo ello se borró porque el grueso de los celtas se latinizaron al punto, tal vez por parentesco espiritual con los latinos, pues sabido es que, en el grupo de las lenguas arianas á que ambos pertenecen, el latín y el celta son los que presentan más analogías entre sí.

Pero no se borró todo lo propiamente céltico sin resistirse y sin infundirse en algún modo en lo que la invadía. En Galicia, ¿no fué la herejía de Prisciliano un último combate que el paganismo nativo libraba contra la invasora latinización católica?

Allí debió de haber una civilización y una vida ideal propia, y el hábito de cultura fué tal, que la última región de España donde se siguió escribiendo el latín con alguna corrección, cuando en el resto lo hacían bárbaramente y rompiendo el naciente romance por entre la mal ajustada trama de sus oraciones, fué en Galicia, y en Galicia brotó antes que en ninguna otra parte de España una poesía trovadoresca, refinada y culta, sobrado culta tal vez, y el supuesto sepulcro del Apóstol fué un foco de cultura y un centro á que conver-

gían noticias y relatos de los más extraños y peregrinos. Todo lo cual deja sedimento.

Deja sedimento de cultura hasta cuando la ilustración falta. Porque así como puede haber un bárbaro muy sabio que almacene y aun fragüe en su seso complicados conocimientos, cabe un ignorante culto que sin saber de letras muestre, ó ya en modales, ó en suavidad y tolerancia de trato ó en dulzura de maneras, una herencia de cultura y cortesía. Y debo aquí confesar que en Galicia he podido observar, más que ilustración, cultura, tomándola en el sentido dicho. Respiré ya en Orense, pero sobre todo en la Coruña, un aire social de tolerancia y de amplitud de criterio que contrasta con el hosco inquisitorialismo que nos sofoca en otras partes de España. Y con ello otras inequívocas muestras de cultura de abolengo, como la afición al bien decir, y aun cierto exceso oratorio, y la repugnancia á lo violento y bravío. Hay allí inteligencia, hay ingenio, é ingenio sutil; acaso falta lo que yo llamaría voluntad de la inteligencia, acometividad mental. Lo que de los franceses dice Bazalgette puede decirse de los gallegos: son demasiado poco salvajes. Hablando yo hace años en Madrid con un amigo gallego, y advirtiéndole las pocas aficiones místicas y aun menos ascéticas de sus paisanos, y el poco contingente que dan á conventos de frailes y monjas, me replicó: «Sí, somos poco inhumanos». Le entendí al punto, y recordé sus palabras al leer en Meirás, en medio de aquella naturaleza harto humana, los versos que Rosalía de Castro pone en labios de las mozas que piden un hombre, aunque sea tamaño como un grano de maíz, por-

que: «Una muller sin home—¡Santo bendito!—E corpiño sin alma—Festa sin trigo...—Mais en tend'o un homiño—¡Virxe do Carme! Non hay mundo que chegue— Para un folgarse.—Que zamb'ou trencó—Sempr'é bó ter un home.—Para un remedio.» ¡Humano, demasiado humano!

Siglos de relativa cultura, mayor antaño que hogaño, han debido de cansar á la casta, que rehuye luchar y se adapta y acomoda con adaptación pasiva más que activa, haciéndose al ámbito en vez de hacérselo á sí. De donde la mansedumbre y blandura, y el sortear los tropiezos, y el proceder acuoso, lento y obstinado, y aquel meterse poco á poco, como la *velliña qu'está xorda*, de la misma Rosalía. Hay una gran vitalidad, sin duda, pero es en mucha parte vitalidad moluscosa. De ahí el recelo á primeras que se trueca en abierta cordialidad y en leal franqueza cuando se ha conocido y apreciado al intruso, y de ahí la socarronería y el temple irónico y burlón.

Lo burlesco abunda en la literatura gallega, y puede decirse que lo satírico y lo elegiaco son sus dos cuerdas. Y suele ser á menudo una burla quejumbrosa y una queja burlesca. Hasta en la burla más inocente de Luis Taboada, un gallego legítimo y muy representativo, hasta en esa burla hay quien ve la queja y quien la encuentra al cabo triste. Por mi parte, toda burla me parece triste: el hombre francamente alegre y gozador de la vida se ríe, pero no se burla.

La burla es una de las maneras que tienen de rebelarse, de atacar y de defenderse los que se sienten débiles, seanlo ó no; la burla

gallega es un consuelo y una defensa, es una rebeldía.

Y no que no les quede el fondo, jamás agotado, de la suprema rebeldía, la redentora entraña selvática, el manantial de las resurrecciones, la protesta contra la autoridad y la ley. Han matado á muchos Mecos; Costa ha vuelto á contar hace poco las sangrientas hazañas de los hermandinos; recientemente han dado más de una muestra de lo que es la cólera del que espera á cargarse de paciencia, y no sin sentido se llamaba Moreira el más famoso y legendario de los *gauchos alsaos* de la pampa argentina. Ahora mismo, cuando estuve en la Coruña, Toribio, ó sea Mamed Casanova, era el héroe popular é iban vendidos 14.000 ejemplares de las coplas que dedicó á narrar sus fechorías uno de los amigos que he hecho por allá. Y no sirve abominar del sentimiento que lleva al pueblo á admirar y querer á esos bandoleros, sin discernir bien entre unos y otros, que el Cristo no prometió la gloria más que á un bandido. Aseguran no pocos argentinos que, ante el aluvión europeo y el acarreo de cultura ajada y refinada, es el culto al coraje lo que les ha salvado; el culto al coraje, que asoma en la admiración que despertó Toribio en su tierra—sea ó no digno de ella—, infunde esperanza de que ese cansancio de casta sea pasajero; que, despertando del ensueño y de la sumisión, recobren acometividad y brío y se afirmen é invadan, no mansamente, sino altaneros. Rosalía cantaba:

*Premita Dios, castellanos,  
castellanos que aborreço,*

*qu'antes os gallegos morran  
qu'ir á pediroos sustento.*

Y, comentándolo, les dije en la Coruña y lo repito aquí: ¡ A pedir no! A tomarlo, y á tomarlo como cosa propia.

El ensueño del pasado, ¿no puede volverse acción del porvenir? Con esto concluiré.

### III

¿Hay segunda juventud en la vida de los pueblos? ¿Es exacto que sea un pueblo como un individuo que nace, crece, declina y muere, ó es como especie que pasa por juventudes y primaveras?

Manuel Díaz Rodríguez, el preeminente novelista venezolano, nos habla en su hermosísima novela *Sangre patricia* de las familias que han ido despilfarrando en hazañas múltiples su capacidad para la acción y aumentando á la par su capacidad para el sueño. Pero hay, por desgracia, quienes duermen y ni sueñan ni obran. En Galicia se sueña todavía, á Dios gracias. Y los pueblos soñadores pueden volver á ser activos; para los que no hay redención es para los pueblos dormilones.

El ensueño tiene algo de sentimiento, y el sentimiento puede engendrar acción; la idea no. El calor y el movimiento son transformables el uno en otro; de lo que apenas puede sacarse movimiento es de la luz, de la luz pura y fría, de la luz sin calor, de las ideas recordadas de los pueblos dogmáticos é inquisitoriales, de los conceptos encasillables en cre-

dos y programas de que tanto gustan las gentes ahitas de sentido común y envanecidas de su salud y equilibrio mentales, equilibrio estable, como el de una losa tendida. Aun cuando eso fuera luz, y suele serlo de luciérnaga, la luz no hace sino alumbrar el camino—que no es poco—, pero no da fuerzas ni es motor para recorrerle; mejor camina y se abre paso un ciego vigoroso que no un paralítico con ojos de lince y un farol en la cabeza. Puesto á escoger, es de tomar antes el calor oscuro que no la luz fría, y parece como que esos conceptos forjados á lima de retórica tengan el fatal maleficio de helar cuanto tocan.

Es curioso ver que hayan dado en declamar contra el intelectualismo precisamente los más intelectualizados, los que han heredado esa garapiñera escolástica en que se congela en fórmulas los más entrañables anhelos del corazón, esa horrible construcción arquitectónica á la que no se permite la entrada á los profanos, que han de contentarse con la fe del carbonero. No; no es el intelectualismo lo que temen, sino la buena nueva de la verdad sobrepuesta á la razón, de la verdad que no se congela en fórmulas, sino corre en flujo de vida y cambia y muda; temen á los que no creemos que eso que ellos llaman ideas rija al mundo, como no creemos que las variaciones de la aguja del barómetro produzcan las tormentas.

¡Felices los pueblos soñadores! ¡Felices los pueblos que guardan en el rescoldo de su alma alguna fe, aunque sin dogma alguno! ¡Felices los pueblos que no temen á las ideas, y saben jugar con ellas y tomarlas y dejarlas, según les convenga! Cierta poso de escepti-

cismo, que se hermana muy bien con la más profunda fe, es una garantía de vida. Los más intolerantes no son los más convencidos de lo propio, sino los más incapaces de salirse de sí y ponerse en el caso de los demás.

Y todo esto, ¿qué relación tiene con Galicia? Dispéñeme el lector; he ido pasando de una cosa en otra, y queriendo hablar de aquella tierra y de aquella gente, he hablado de la otra tierra y de la otra gente.

En Galicia hay tolerancia y hay ensueño, á que el país convida. ¿Que no hay luz? La luz ha abaratado mucho, mucho más que el calor. Es más fácil hoy alumbrarse que no calentarse, sobre todo yendo de camino.

Empieza en Galicia la invasión minera; mis paisanos se han metido ya en Lugo. Los capitales que vienen de América perderán al cabo su recelo, y habrá nueva vida. Aquellos puertos magníficos no prosperaron más por falta de *hinterland*, de una tierra á quien servir, pues el centro de la Península les cogía lejos y con penosos tránsitos á él. Pueden llegar á ser puertos de reexportación, en que se distribuya al detalle lo que al por mayor se reciba.

Pero estas son cosas técnicas, eso que llaman soluciones prácticas los congeladores de espíritu, los intelectualistas de escaso intelecto que se revuelven contra la inteligencia cuando no es tablero de ajedrez en que se ve desde luego cada pieza, bien torneada, y su posición respectiva. Y vuelvo sin querer al otro; no puedo remediarlo.

Es que cuando fui á Galicia acababa de dejar una garapiñera que había estado escudri-

ñando, y al volver á Galicia oigo de nuevo, aunque á distancia, las voces rudas de los definidores, de los que aseguran no entender ni esto ni lo otro, y como no lo entienden lo declaran vacío y disparatado y retórico, ellos, ellos, hinchados de retórica y de lógica formal, que es cosa peor aún que la retórica. Doy por una metáfora todos los silogismos, con sus *ergos* correspondientes que se puedan garapifiar en la garrafa escolástica; la metáfora me enseña más, me alumbrá más, y sobre todo encontró calor debajo de ella, pues la imaginación sólo á fuego trabaja. La falta, que no la sobra de imaginación, es lo que tan incapaces nos hace para el cultivo de las ciencias; no sabemos *ver*. Una horrible sequedad de páramo, en que se llama imaginación á la facundia huera.

Me gustan, sí, estos austeros campos, estas llanuras á cuyo término se levantan rocosas entrañas de la tierra, este suelo ceñudo que nos despide al cielo, pero aquí recuerdo con *saudade* la femenina tierra gallega y sus humanos regazos y la dulce tolerancia en que me vi envuelto durante el trascurso todo de mi correría por Galicia. Dicen que á la larga adormece y endeblece el calorcillo del hogar hospitalario, pero á la larga ¿cómo se pasa en la garapiñera dogmática? En medio de la sequía ambiente, ¿no se corre, acaso, riesgo de caer en la siesta y en el tresillo?

Y usted, mi buena amiga doña Emilia, usted, que me procuró ahí, en su tierra, días de regalo espiritual, rodeándome de cultura y de tolerancia, usted ha hecho una de sus más nobles obras acercando á la garrafa española

algo del tibio calorcillo humano del espíritu de esa su hermosa tierra y contribuyendo así, sin quererlo acaso, á que se deshagan un poco los carámbanos, á que, por lo menos, se les emboten los cortantes y vidriosos bordes hasta que llegue el día en que se derritan al calor de la caridad y de la fe. De aquella fe que volvió á encender un varón cuya vida usted ha narrado á maravilla, el soñador de Asis, el patriarca de la familia de que brotó luego el maravilloso doctor sutil, Escoto, el triturador de carámbanos, el que limó duros y secos diamantes con el polvillo de ellos. Y basta de metáforas. Sé que me perdonará este desahogo, pues la más firme base de nuestra amistad es precisamente nuestra discrepancia en tendencias, y no digo en ideas porque aborrezco con toda mi alma eso que los garapiñadores llaman ideas y no son sino fichas del dominó lógico ó carámbanos de garrafa. Por esto me gusta tanto Galicia, porque tiene el alma liberal.

## LA GRAN CANARIA

Esta ciudad de Las Palmas poco, muy poco tiene de interés para los que vamos buscando emociones que nos aren por dentro del espíritu. Ha crecido mucho, se ha ensanchado, se ha embellecido según entienden la belleza los comerciantes y los turistas por aburrimiento, tiene un puerto magnífico. Todo esto está muy bien, sin duda.

Aquí, en el puerto de la Luz, en el puerto de las Isletas, hizo parada Colón cuando iba al descubrimiento del Nuevo Mundo. Proponiase dejar la carabela *Pinta*, cuyo timón estaba fuera de sitio, cambiándola por otra. No pudo lograrlo. Por entonces Alonso de Lugo se preparaba á la conquista de la isla de la Palma. Y Colón se despidió aquí del viejo mundo, y partió para el desconocido, que tanta influencia había de tener en el porvenir de estas islas. Porque ellas no son ante todo y sobre todo sino una avanzada de Europa, de España sobre América, y una avanzada de América sobre Europa, sobre España y sobre Africa. Son un meñón colocado en una gran encrucijada de los caminos de los grandes pueblos. En el descan-

so del viaje uno entra á pasar una noche, otro á tomar un refrigerio, otro á pisar tierra firme. Lo malo es que no tienen tiempo de internarse; el buque espera. Y así sólo ven la ciudad, el puerto. Es como en esas paradas en los antiguos mesones ó ventas mientras mudaban el tiro de caballerías. El viajero podía estirar las piernas, tenderse acaso en un lecho, tomar un restaurativo, pero no le daba tiempo á ir al vecino soto, á tenderse en el césped junto á un arroyo y oír cantar los pájaros. Y aquel encantador vallecito de que le hablaban caía muy lejos; el mayoral hacía ya restallar el látigo y los caballos de refresco piafaban. Había, pues, que continuar el viaje.

Y lo interesante aquí, en esta isla de la Gran Canaria, está en el interior, está en las dos grandes calderas de este enorme volcán apagado hace siglos.

Subí á Teror, un pueblecito de singular sosiego, que me recordó alguno de los pueblos del Miño portugués. Si no fuese por las palmeras, este árbol litúrgico que parece un gran cirio de quieta llama verde, si no fuese por los plátanos, si no fuese por otras plantas tropicales, esto recordaría á las veces Galicia. Pero allá, en Teror, á cerca de 600 metros sobre el nivel del mar, el aspecto varía. El frondosísimo castañar de Osorio me recordaba más de un rincón de mi nativa tierra vasca. Y allí, en aquel castañar de Osorio, me tendí á la caída de una tarde hasta ver acostarse las colinas en la seriedad del anochecer. Es algo siempre nuevo, algo que siempre parece llevarnos á la fuente de la vida, algo que nos invita dulcemente á confundirnos con la madre tierra.

Era la noche de San Pedro, y al volver del castañar á la villa brillaban por dondequiera las hogueras en las sombras de las montañas y se oía el resonar de los caracoles marinos mezclado al de las ranas. Y entramos en aquel Teror de sosiego, donde tan bien se duerme.

Allí, en Teror, está el santuario de Nuestra Señora del Pino, la consoladora de las aflicciones domésticas de los canarios. Es una imagen barroca, por la indumentaria.

De mañana emprendimos la marcha á caballo para ir á visitar el calle ó barranco de Tejada, una de las dos grandes calderas volcánicas de la isla. El camino va por entre barrancas donde á trechos cubre el suelo el humilde codeso, en hondonadas alzan sus cabezas frondosas el castaño y el nogal, y en calcinadas vertientes ó entre rocas volcánicas prende tal cual miserable tabaiba. Hicimos alto en Valleseco, un pueblecito tendido en la falda de la montaña y que estaba engalanado por hallarse de fiesta.

Pasando senderos cortados á pico en abruptos y escarpados derrumbaderos dimos vista al valle de Tejada. El espectáculo es imponente. Todas aquellas negras murallas de la gran caldera, con sus crestas que parecen almenadas, con sus roques enhiestos, ofrecen el aspecto de una visión dantesca. No otra cosa pueden ser las calderas del Infierno, que visitó el florentino. Es una tremenda conmoción de las entrañas de la tierra, parece todo ello una tempestad petrificada, pero una tempestad de fuego, de lava, más que de agua. Iba acordándome de un pasaje del gran poeta catalán, de Verdaguier, en su *Canigó*, cuando describiendo una de estas

formaciones nos habla de los gritos horrorosos que debió lanzar la Tierra al parir en sus años juveniles una de estas sierras, de sus días de conmociones—de *pernabatre*—, de sus noches de gemir, hasta sacar á la luz esas entrañas ígneas que al beso de la tempestad quedan fijas en rocas y en peñascos.

Aquí se adivina lo que debió ser el terrible combate entre Vulcano y Neptuno, entre el dios del fuego y el dios del agua. Don Agustín Millares, en su excelente *Historia general de las islas Canarias*, nos habla de «movimientos histéricos en el suelo, detonaciones horribles en los aires, espesas lluvias de hirviente arena que oscurecían la atmósfera, arroyos líquidos de fundida lava, cruzándose en todas direcciones, dislocaciones titánicas, valles montañas, desfiladeros y barrancas en confuso desorden, se presentaban por doquiera, sobre su superficie, que un mar siempre en cólera azotaba con violencia».

Saint-Claire Deville, explicando la formación de las islas Canarias, nos dice que «primeramente aparecieron al exterior las traquitas oligoclásicas, con las tobas y conglomerados que les son afines, constituyendo el núcleo central; luego siguieron los basaltos, llenando los puntos intermedios, y por último brotaron los mil y mil cráteres cuyos conos cubren el archipiélago, inundándolo con sus lavas».

La ciencia geológica nos explica cómo se alzaron, entre violentísimas contorsiones y titánicas tempestades, estas islas del fondo del océano, llevando consigo fósiles marinos; cómo siguió luego una época de descanso—y bien lo había menester la pobre tierra—en que el agua,

el agua lenta y terca, el agua persistente, el agua que no descansa, hacía su obra, completando la del fuego. Porque si el fuego fué quien trazó las líneas generales de la tierra, quien desbastó su fábrica general fué el agua, la que modeló sus contornos y sobre todo la que los revistió de su ornato de verdura.

En este período acuoso, neptuniano, de lenta labor, debieron formarse grandes lagos en las cerradas cuencas de estas enormes hendiduras ígneas, lagos alimentados por espesas lluvias que abrieron brechas en los acantilados de las costas.

Y allá lejos, por encima de las crestas en que se yerguen adustos, negros y encrespados los roques, se alzaba sobre el mar, no ya del agua sino de niebla, la isla de Tenerife, cual visión celeste y dominándola el gigante atalaya de España, el pico de Teide. Era realmente un espectáculo que parecía sacarme de los estrechos límites en que caminaba aquel inmenso solio que se levantaba de entre las nubes. Diríase que estaba suspendido en el cielo. De tal modo un mar de niebla cubría y abrigaba al mar de agua. Y la vista reposaba en aquella visión como en algo que careciese de materialidad tangible, como en algo que había surgido para recreo de los ojos y sugestión del corazón. Algún lagarto asomaba en tanto por entre las rocas y algún cernícalo suspendía su vuelo sobre el abismo. Y en el fondo de éste no se oía bramir el agua.

Es, en efecto, uno de los más extraños efectos de esta tierra el de asomarse á una barranca y no ver el agua en el fondo de ella. El agua está acá y allá embalsada cuidadosamente

por el hombre ó corre por canalillos de acequia, obra también de mano humana. Pero un río, un verdadero río, un río rumoroso, con sus cascadas, sus colas de caballo, sus remansos, sus rápidos, esto no se ve. Extraña impresión produce en esta misma ciudad de Las Palmas cruzar el puente de torrente del Guinguada, que no es, en esta época del año por lo menos, sino un lecho pedregoso y negro por donde no discurre ni el más leve hilo de agua. Y el agua es como el alma del paisaje; en ella se ven reflejados árboles y colinas y como que adquieren visión y conciencia de sí mismos.

Llegamos al pueblo de Artenara, un pueblo de cuevas colgadas de los derrumbaderos, sobre el abismo. Allí está la ermita de la Virgen de la Cuevita, iglesiuca tallada en la roca misma, de la que se han sacado el altar, el púlpito, los confesonarios. Todo ello de una sola pieza. Y no dejan de tener sus comodidades aquellas cuevas, cuidadosamente enjalbegadas, en que viven los vecinos de Artenara. Tal vez algunas de ellas sirvieron en otro tiempo de guarida á los guanches, que vivían en cuevas. Y en cuevas algunas de las cuales resultan hoy de no muy fácil acceso. Pero los trogloditas modernos han procurado amenizar sus viviendas con tal cual refinamiento de industria ornamental. En estas cuevas muéstrase el atavío todo de una casa campesina; la vajilla en exposición, las paredes cubiertas de oleografías de santos ó de retratos de bellezas profesionales, tal cual Cristo en talla de madera, exangüe y sanguinolento á la vez, dentro de su caja encristalada; fotografías de ausentes y sobre las cómodas y armarios juguetillos y baratos bibelotes de

todas clases. Y antójase que ha de cobrarse un especial cariño, un afecto entrañado, á esta mansión abierta en la entraña misma de la tierra.

Allí, en aquel formidable retiro de Artenara, me encontré con un catalán que llegó á él, hace treinta años, desde la riente plana de Vich, se casó con una de las hijas de las cuevas, y allí se quedó á ganarse y gastarse la vida, frente á las convulsas rocas. ¡Treinta años en aquel destierro! Hace unos diez salió una temporada, yéndose con su hija á recorrer España, Francia é Italia, á restregarse el espíritu con la obra de la civilización europea, y volvió allá, á su retiro de Artenara, al rincón que con su trabajo ha conquistado. ¡Toda una vida! Y á todo el que por aquellas abruptas soledades pasa le atiende y le agasaja don Segismundo, que así se llama, como el héroe de *La vida y sueño*. ¡Y qué sueño el de la vida sobre aquel abismo pétreo!

Por entre barrancas, de nuevo, dando un rodeo, tornamos á Teror. Era de noche ya cuando atravesábamos el castañar de Osorio.

Al día siguiente, después del sueño intranquilo y agitado que sigue siempre á estas sacudidas de cuerpo y alma—pues la novedad de las visiones cansa más aún que el ajetreo del caballo—, emprendíamos marcha, á través de lo que llaman la Montaña, á la quebrada de los tilos. El camino es riente, festoneado casi todo él de verdura y de árboles.

Allí, en aquella casita blanca, que no es sino una cueva adornada y arreglada, vive el *masón*, me dijeron. Y el masón no es sino un buen hijo del país, vuelto de Cuba, donde hizo alguna